

# La mejor madre

[Poema - Texto completo.]

Emilia Pardo Bazán

Donde el Rhin, escondido entre la bruma,  
Más sus cristales líquidos desata  
Y cayendo en mugiente catarata  
Quiebra en ligera espuma  
El sesgo curso de zafir y plata,  
Como blanca paloma  
Que cabe fuente límpida sesteá,  
Yace apacible aldea  
Tendida negligente en una loma.

Allí tiene su hogar tranquilo y viejo  
Alberto el tejedor, mozo arrogante,  
De condición honrada y generosa  
Cual de gentil talante;  
Y allí tiene también su madre amante,  
Anciana y achacosa,  
Que ya solo en un báculo apoyada  
O en el robusto brazo del mancebo,  
Va al templo los domingos, adornada  
De su antiguo ajuar con lo más nuevo.

¡Al templo dije! ¡A una mansión vacía,  
Desnuda, pobre y fría,  
Sin luces, sin altar, sin santuario,  
Sin humo perfumado de incensario;  
Sin lenguas de metal que hablen al alma  
Colgadas del airoso campanario;  
Sin imágenes místicas, serenas  
Cuya grave actitud, llena de calma,  
A meditar invita  
Y a rezo fervoroso solicita!  
Porque Alberto, y su madre y toda aquella

Aldea alegre y bella,  
Que se mira en el Rhin como en espejo  
Transparente y bruñido  
De claro diamante,  
Ha tiempo que más ley no ha conocido  
Ni más culto ha seguido

Que el culto de una secta protestante.

Y así el ardiente corazón de Alberto  
Para la fe está muerto  
Pues nada encuentra en su natal capilla  
Que encienda la ternura,  
Que le llame con íntima dulzura,  
Ni que traiga a su boca  
La oración amantísima y sencilla  
Que brotando del labio, al cielo toca.  
Y Alberto, que sufría  
Honda y secretamente  
Porque nunca acertaba a ser creyente,  
A solas con su Dios se condolía  
De no saber amarle dignamente.

Paseándose un día  
Del río por la margen pintoresca,  
En una fronda retirada y fresca  
Que el pino con el sauce entretejía,  
Vio en el suelo tendido  
Un hombre anciano, al parecer dormido,  
O quizás desmayado mortalmente,  
Según está de quieto  
Y según tiene pálida la frente.  
Era en rostro y vestir desconocido,  
Cubríale un sayal tosco y raído  
Con un cordel sujeto,  
Y los descalzos pies sangre manaban  
Y ráfagas de polvo  
El semblante y cabellos afeaban.

Alberto compasivo  
Se arrodilló cabe el exhausto viejo,  
Y diligente y vivo  
Con agua roció su faz helada,  
Y la túnica abriendo remendada  
Porque más libre respirar pudiese  
Vio una cruz sobre el pecho colocada  
Y a su lado la imagen peregrina  
De una mujer bellísima, radiante,  
Con la sien rodeada  
De un círculo de estrellas chispeante.

Cómo salió de su mortal desmayo  
El viejo religioso  
Y qué pláticas tuvo con Alberto,  
Nadie supo jamás. Pero es lo cierto

Que desde aquel instante misterioso  
Alberto, retirado y silencioso,  
Ya no asiste a las fiestas de su aldea;  
Ya la barra de hierro no blande,  
Ni lanza la pelota,  
Ni ya se saborea  
Con la cerveza que espumante brota;  
Ni a las muchachas del lugar ofrece  
La flor azul que crece  
En los bordes del Rhin majestuoso  
“¡Qué triste que anda Alberto!”  
(Dicen sus compañeros de trabajo)  
“Su corazón parece que está muerto”.  
¡Oh error, error profundo  
De los ciegos juicios de este mundo!  
¡Morir el corazón que se retira  
Y con su Dios se abraza  
Y por su Dios suspira!  
No mueren los volcanes  
Porque ceniza pálida los vele;  
Antes el fuego que nació debajo  
Arder entonces más intenso suele.

La madre a quien Alberto debe vida  
Y en cuyo seno reposó de niño,  
Con ojo perspicaz, que da el cariño,  
Observa de su hijo la mudanza  
Y ansiosa y afligida  
A su cuarto llegando cierta tarde  
No podía dar crédito a sus ojos  
Pues lo encontró de hinojos  
Ante una breve mesa, guarnecida  
De cirios y de flores  
Y de miles de adornos y primores  
Puestos en torno de una imagen bella  
De toca azul y blanca revestida  
Y que por lindos ángeles servida  
Con celestiales pies la luna huella.  
Ambas manos cruzadas  
Y alzado el rostro grave que ilumina  
Interior claridad alta y divina  
Estábase el mancebo tan absorto,  
Que no escuchó la puerta que rechina  
Ni sintió de su madre las pisadas.

“Hijo del corazón, ¿qué estás haciendo?”  
Turbada preguntó la madre buena.

Y Alberto respondió con voz serena:  
“Estaba con mi madre departiendo”.  
Y cuando así decía,  
Señalaba a la imagen hechicera  
Cuyo rostro gentil aparecía  
Entre el reflejo ardiente de la cera.  
“¿Esa imagen tu madre? ¡No te entiendo!  
Ella es joven y hermosa  
Yo vieja, agobiada, y achacosa...”  
Solemnemente replicó Alberto:  
“Mi madre en el principio fue creada:  
No fuera el Universo todavía,  
Y ya mi madre concebida fuera”.  
“Deliras”. “No deliro, madre mía”.

“¿Y el amor, hijo mío, que me debes,  
En esa imagen a poner te atreves?”  
“Sé, madre, que me amáis con gran ternura;  
Sé que daros mi vida fuera poco;  
Pero esa madre inmaculada y pura  
Me quiere más que vos...” “¡Más! ¡Estás loco!”  
“¡Sí, mucho más! Oíd. Ella tenía  
Un Hijo sin igual, idolatrado  
Y por mí lo han entregado  
Al tormento más crudo y más prolijo;  
En una cruz por mí murió clavado...  
Esa madre... esa madre me ha salvado...”  
“¿Cómo se llama...?”. “Llámase María;  
Yo católico soy, pues soy su hijo”.

Viniendo iba la noche,  
Y la madre de Alberto que lloraba  
Y Alberto que sereno la miraba,  
Se confundieron en abrazo estrecho  
Y Alberto pronunció: “¡Ven a mis brazos:  
Quizá es la vez postrera  
Que se junta mi pecho con tu pecho!”  
Y aquellos tiernos lazos y aquel nudo deshecho  
Vistió Alberto un sayal, y con la frente  
De humilde contrición resplandeciente  
Dijo: “Por mal que a tu cariño cuadre,  
Bendíceme, que parto”.  
“Lejos de ti, ¿quién me dará consuelo?”  
Preguntó la infelice.  
Y Alberto entonces inspirado dice:  
“Te sabrá consolar la mejor Madre  
Que tienen los mortales en el cielo”.

